

Octavio Paz y el pensamiento del presente

La escritura de Octavio Paz se ha desarrollado en espirales a lo largo del tiempo. Algunos motivos abandonados vuelven a encontrarse al paso de otras reflexiones para adquirir nuevo sentido. Otros surgen en un momento determinado y se despegan del núcleo inicial para ser otra cosa. El discurso paciano es, en este sentido, en la multiplicidad de sus movimientos, en la variación de sus idas y venidas, uno de los pocos discursos realizados por un poeta de nuestra lengua que ha marcado una presencia real e insoslayable en el territorio del pensamiento de este siglo. Su multiplicidad de intereses y la vitalidad de sus ideas, si aceptamos por un instante un vínculo con pensadores de nuestra lengua, puede verse en relación con obras como las de Ortega y Gasset o Eugenio Trias. Con el primero comparte, a pesar de todas las diferencias que se quiera, la profunda huella de su pensamiento en el territorio de la literatura de su tiempo, y con el segundo la vocación de pensar críticamente una filosofía desde la encrucijada final de la modernidad; también comparte la atracción por Marcel Duchamp. Pero ni uno ni otro, a pesar de escrituras tan sólidas, han sido poetas. Es sorprendente —y es aquí donde brota la extraña singularidad paciana— que actitudes e ideas de un poeta ocupen tan amplio espacio en el territorio de la reflexión crítica.

Convergencias (Seix Barral, Barcelona, 1991), y *Al paso* (Seix Barral, 1992) son los dos libros últimos de Paz. En ellos

encontramos al pensador y al poeta. Sus aproximaciones a la poesía o el arte tienen casi siempre el aliento de un pensamiento que aun en la pluralidad de los signos que aborda traza puentes y vasos comunicantes: un pensamiento unido desde la pluralidad.

Al igual que Ortega, Paz ha gozado de una importante presencia en el territorio del arte y la literatura. También ha recibido toda suerte de censuras al no alinearse junto a las manifestaciones históricas del marxismo. Es probable que más allá toda relación sea imposible, pero ésta es suficiente y significativa: el Ortega de la Segunda República Española poco eco tuvo en la cultura de aquellos años: el marxismo y el humanismo socializante marcaban la hora de la utopía soviética, y el momento de la coerción de la utopía. Octavio Paz, que ha sido un crítico tenaz y lúcido de las trampas de la utopía, ha visto cómo los anatemas trazados desde el historicismo marxista han tenido que recogerse y ocultarse ante la evidencia de los acontecimientos finales de la extinta Unión Soviética.

Es esta actitud paciana motivo frecuente en su reflexión. También se encuentra en los libros ahora publicados en sus múltiples variaciones o apariciones: en la proximidad y en la distancia, en el discurso ante la Academia Sueca o en reflexiones como «El siglo XX: la experiencia de la libertad» y, sobre todo en el territorio de la memoria.

Octavio Paz recuerda a propósito de un libro de Alberto Ruiz Sánchez las palabras condenatorias del régimen soviético pronunciadas por André Gide en el Segundo Congreso de Escritores Antifascistas en Defensa de la Cultura, celebrado en España en 1937, palabras que fueron recibidas con silencio o temor. Ni Paz, Cernuda o María Zambrano, ni otros intelectuales de reconocida lucidez levantaron la palabra y defendieron la verdad de Gide. La Unión Soviética aparecía entonces y durante bastante tiempo después como la encarnación del futuro en la historia. Octavio Paz ha censurado durante años tal coerción y los peligros que encerraba. También desde la proximidad de su territorio inmediato, México, el poeta ha condenado el atrincheramiento dogmático y sus anatemas contra todos aquellos que no se movieran bajo la orientación del realismo y el compromiso socialistas. Sus defensas o sus mismas valoraciones críticas de artistas mexicanos de la importancia de Frida Kahlo, María

Izquierdo, Juan Soriano, sus referencias al grupo Contemporáneos y sus reflexiones sobre algunos «asépticos» de las promociones que le siguieron, muestran la realidad de una historia y una situación que se ha prolongado durante años.

Ciertamente, no se trata de una crítica exclusivamente política que se desarrolle al margen de otras posiciones. Octavio Paz siempre ha enmarcado su crítica dentro del horizonte de su pensamiento, esto es, dentro de la crítica de la modernidad. Somos los hijos de la modernidad y sus críticos, el punto en el que la manifestación histórica de la modernidad en el progreso, la técnica o la ideología se han vuelto peligros o ausencias. En este sentido las palabras pronunciadas en «La búsqueda del presente» son significativas. «Por primera vez en la historia los hombres viven en una suerte de intemperie cultural y no, como antes, a la sombra de esos sistemas religiosos y políticos que, simultáneamente, nos oprimían y nos consolaban. Las sociedades son históricas pero todas han vivido guiadas e inspiradas por un conjunto de creencias e ideas metahistóricas. La nuestra es la primera que se apresta a vivir sin una doctrina metahistórica; nuestros absolutos —religiosos o filosóficos, éticos o estéticos— no son colectivos sino privados». Extrema paradoja de la modernidad vuelta a su misma raíz, desvelada por lo que fue su arma iniciática y de apoyo: la crítica. Pero también acentuada denuncia de toda justificación metahistórica del pensamiento y de los ideales de ilustración y universalidad.

Es este horizonte, eminentemente histórico, no ajeno en este sentido a las circunstancias y a las perpetuas mutaciones de la realidad, el que hace de estos libros de Paz el testimonio de un pensamiento manifestado en su pluralidad y en su concreción. En los artículos que recoge en *Convergencias* y *Al paso* nos habla de pintores y poetas, de Edvard Munch y Valerio Adami, de María Izquierdo, de los *collages* de Marie José Paz y de los poemas-objeto de André Breton. En ellos nos habla también de la poesía y de los poetas, de Alberto Caeiro, Cernuda o T.S. Eliot. De lo conocido que en estas vueltas *da capo* retorna con sentido nuevo, y de lo desconocido. Sus palabras son también espirales de la memoria ante seres que conoció: Caillois, Cortázar, Alfonso Reyes, Borges, Buñuel o María Zambrano. Confluencias en el tiempo y divergencias: signos movidos en la espiral de la me-

moria. En este sentido podemos destacar los abundantes datos que ofrece sobre su propia trayectoria. Pero sobre las manifestaciones concretas, este pensamiento aparece atravesado siempre por una propuesta realmente central para nuestro tiempo: es preciso construir, tejer o vislumbrar *una filosofía del presente*. Por decirlo con dos formas diferentes que sugieren *Convergencias*: excluidos del presente del origen y de los fuegos fatuos del futuro es *hoy*, este hoy sucesivo siempre el mismo y siempre cambiante, el que ha de ser desvelado por una filosofía: «La búsqueda del presente no es la búsqueda del edén terrestre ni de la eternidad sin fechas: es la búsqueda de la realidad real».

El resultado de esta modernidad en perpetua crisis es también el reconocimiento de la soledad y sus laberintos: ese profundo silencio del ser enfrentado a su alteridad no sólo ya en el origen y en el fin sino en su misma estancia en el presente. Octavio Paz en este sentido no puede desarrollar esa *filosofía del presente*, pero en su afán de vislumbrarla remueve, digámoslo así, signos centrales de nuestra cultura: de la modernidad y de su pasado. Haces de luz y de sombras, indagaciones en los signos para mostrar el silencio que envuelve al hombre, sus pretensiones ontológicas, su realidad y su irrealdad.

El cuadro de Munch, *El Grito*, nos dice, muestra mejor que ningún otro, incluso que los cuadros de Edward Hopper, el silencio y la angustia que se escuchan desde el origen. La glosolalia o el lenguaje onomatopéyico de Huidobro, Hugo Ball o de Artaud revelan el deseo, siempre impetuoso, de participar de una completa afirmación del ser en términos absolutos, el deseo de alojar en la forma, aun en medio de las palabras fragmentadas, la completa participación en un universo entrevisto en su totalidad. Esto es, alzar en un lenguaje —que en realidad ha dejado de ser— el pleno ser.

Brota aquí, en efecto, una de esas manifestaciones complejas del pensamiento paciano, su constante reflexión sobre los límites y las fronteras de los signos: las palabras, afirma con frecuencia, son puentes: vasos comunicantes con la realidad, que nos colocan también ante nuestra alteridad y ante el desgarrar metafísico en el que habitan el hombre y su mundo. En su comentario del heterónimo pessoano Alberto Caeiro y de su afirmación «Y digo/ de mí: soy» escribe revelando aún la inconsisten-